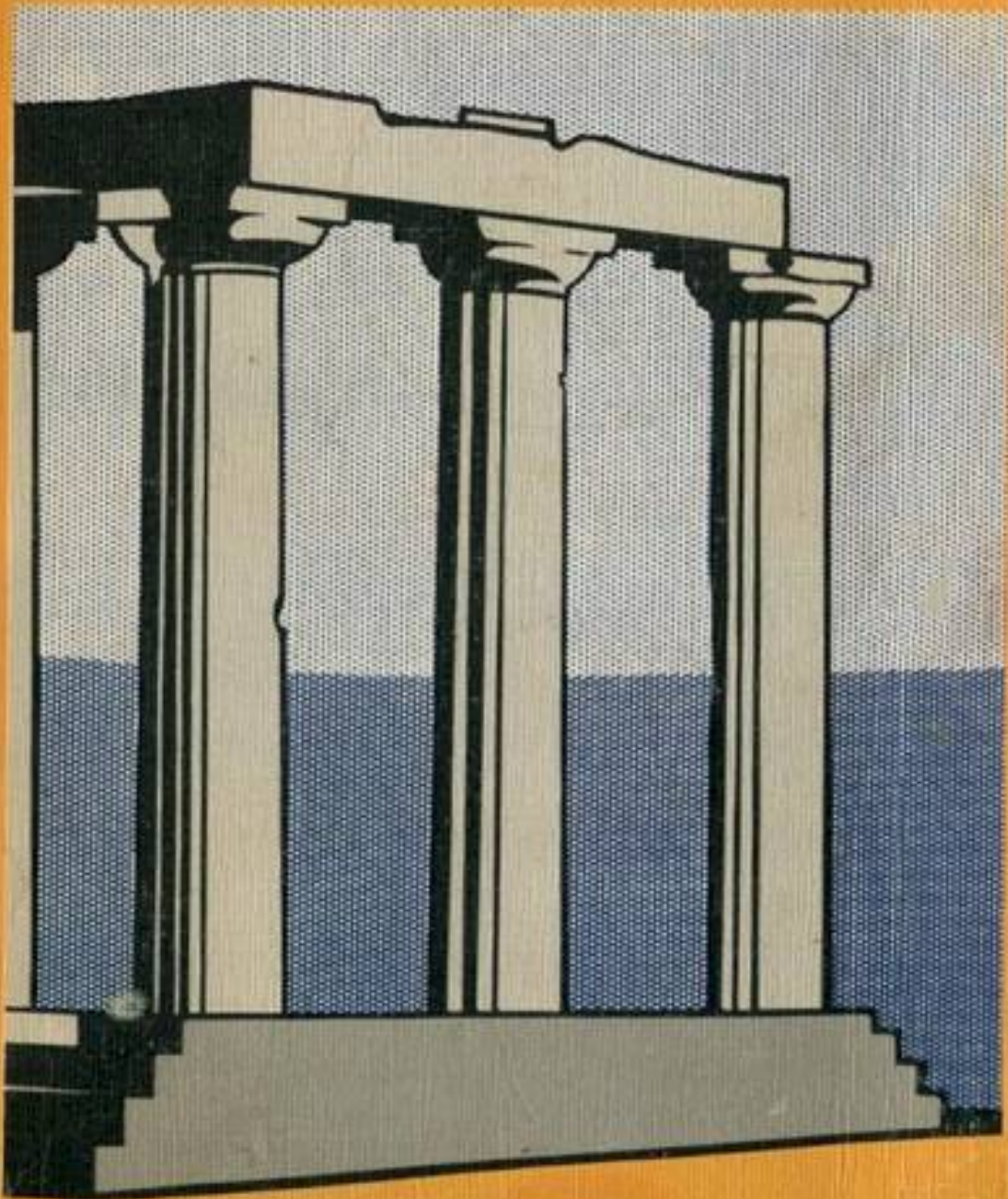


Lord Byron
DIARIO DE
CEFALONIA



Dentro del romanticismo inglés, Byron ocupa un lugar especial. Es considerado como su mejor exponente y resulta la figura más conocida de todo el movimiento. Su actitud es la de un hombre que resumía en sí mismo las cualidades esenciales (al menos en su aspecto externo) del romanticismo. Durante su vida tuvo gran renombre y su fama no ha disminuido mucho desde entonces. Goethe dijo de él: «Es el genio más grande del siglo. No es antiguo ni moderno; es el presente». Mazzini, por su parte, afirmó: «Byron dio valor europeo a la poesía inglesa. Condujo el genio de Inglaterra en peregrinaje a través de Europa». Este peregrinaje, que culminó con su aventura griega, suponía también un rechazo violento del calvinismo de su educación. Viajó, en efecto, mucho por el extranjero, y después de la disolución de su matrimonio abandonaría definitivamente Inglaterra (1816). Tras permanecer en Suiza e Italia, donde hizo amistad con Percy B. Shelley, se trasladó a Grecia. Allí murió de fiebre, luchando por la independencia del país. En el *Diario de Cefalonia* queda recogida gran parte de su experiencia griega. Además, en el libro se ha incluido una extensa selección de su correspondencia, donde queda de manifiesto toda la aventura humana y literaria de George Gordon, Lord Byron (1788-1824).

PRÓLOGO

Poco cabe decir sobre la figura de Lord Byron, George Gordon Byron, que no se haya dicho ya. Y por eso me siento inclinada a hacer más referencia a la traducción en concreto que ahora tenemos entre las manos, que a la obra del autor en general, o ni tan siquiera a su apasionada vida. Sin embargo, acabo de escribir apasionada, y ello me mueve a hacer unas brevísimas consideraciones que quizá puedan ser útiles al posible lector.

Y es que, en efecto, se tiende a identificar al Romanticismo con la Pasión, la Revolución, el Amor, el Heroísmo, no siempre demasiado correctamente. No hay duda de que, en realidad, muchos escritores románticos avalan con su propia existencia la veracidad de aquella identificación. Pero no todos, y mucho menos el Romanticismo como tal, ya que mientras podría parecer que el Romanticismo, así, sería una explosión de vida, de alegría, de ha de sol, lo cierto es que ha sido justamente lo contrario en multitud de casos, y que, por tanto, el Romanticismo, como tal, no es un movimiento uniforme, sino híbrido y multiforme, como corresponde a la época convulsionada en que se desarrolló.

Téngase en cuenta que, por entonces, la Revolución Francesa acabó de una vez, parece que por todas, con la Monarquía Absoluta, pasando a ocupar la burguesía una posición de gran importancia dentro de la estructura social. La desaparición del vértice de la pirámide social, el Rey, y el igualamiento social que tal hecho trajo consigo, hizo que se produjese un desajuste que se manifestó tanto a escala so-

cial como a escala de los mismos individuos. Desequilibrio del que nace el Romanticismo.

De pronto, un lenguaje, una economía, unas formas de relación social, de comunicación, de respeto, dejaban de tener sentido puesto que la sociedad, los hombres que dentro de ella se movían, ya no eran los mismos, ya no ocupaban el mismo puesto los unos respecto a los otros. Del desajuste nace el Romanticismo, fundamentalmente un grito de muerte, un grito de guerra, de desafío, de pasión de unos individuos que pretenden mantener unas distancias, unas formas, que ya no tienen sentido, que han desaparecido, desde el momento en que los nuevos burgueses que se han hecho con el poder, o que, al menos, tienen un peso específico dentro de la sociedad que no se puede ignorar, hablan en un lenguaje, mantienen unas distancias, respetan unas formas burguesas, comerciales, directas, irrespetuosas, revolucionarias, absolutamente contrapuestas a aquellas primeras y anteriores.

Era preciso aligerar el trato, respetar menos las distancias, y los nuevos escritores así lo harán con sus personajes. Pero no los románticos. Para ellos el hombre sigue conservando la dignidad, la lejanía del Monarca absoluto, y harán que siga hablando un lenguaje que sirva de expresión a unos sentimientos que ya no tienen objeto ni sentido.

El Romanticismo, hay que plantearlo claramente, es el grito de agonía de una época. Grito más apasionado en Francia, porque también en Francia fue más traumático el cambio; más tranquilo, aunque quizá más crispado, en Inglaterra, donde la burguesía fue estrangulando el poder real a lo largo de siglos, poco a poco, y con él a la aristocracia, sin un estallido violento de la trascendencia del que se produjo en Francia; más melodramático en España; más fatalista en Alemania.

Lord Byron, aristócrata, heredero de una familia de aristócratas orgullosos de su pasado y de su categoría social, compone la figura típica del Romanticismo que acabo de

describir. Desplazado, ahogado en su patria por unos advenedizos que ni le comprenden ni están dispuestos a soportarle, se ve obligado a recurrir al exilio, a emplear sus energías, su lenguaje desplazado, en desafíos poéticos, en amores apasionados que, invariablemente, terminan en el hastío, en la incomprensión, en el cansancio, en empresas heroicas y caballerescas, en hacer justicia a una sociedad que le ha extrañado, que le ha expulsado de su seno, y que se niega a recibirle de nuevo.

Los románticos, Lord Byron, terminan siendo unos personajes grotescos, fuera de su tiempo, anacrónicos. Y viviendo su propio anacronismo como una tragedia, resistiéndose a dejarse desplazar por los acontecimientos. Son los últimos estertores de una aristocracia, de una monarquía, que se resiste a morir.

En este sentido, la literatura les sirve de tapadera. El autor es quien inventa los personajes, las situaciones, el lenguaje, el entorno social, y los elige siguiendo sus preferencias. Perpetúan una realidad que ya no existe, con la fuerza de su personalidad, de su lengua. Condenados a vivir burguesamente, al menos en sus escritos reviven lo perdido, se vuelven hacia tiempos pasados y mejores.

* * *

La publicación de parte de la correspondencia de Lord Byron, de algunos de sus escritos en prosa, de su primer discurso en la Cámara de los Lores, supone descubrir un poco la personalidad oculta detrás de sus obras en verso, de esas obras que, en su momento, apasionaron tanto como escandalizaron al mundo. Ya no se trata de una literatura destilada, sino de la expresión más inmediata de la intimidad del autor.

Desde la primera carta escrita cuando todavía era un niño, alarde de educación y buenas maneras infantiles, pa-

sando por las cartas a su madre desde el colegio, en que por vez primera se plantea la marginación de un personaje —así como el lenguaje y los sentimientos de que es portador, indicadores de una determinada relación (aristocrática) con el mundo—, o las cartas a su hermana —personaje único en su existencia, «alter ego» depositario de confidencias como último resto, también ella, de algo que desaparece—, o a sus amigos, la personalidad de Byron se va perfilando paulatinamente, hasta adquirir unos perfiles humanos que, de otro modo, quedarían ocultos al lector.

La prosa ha sido dividida en seis partes que corresponden, poco más o menos, a seis posibles etapas en que se puede dividir la vida del autor. Culminan en «El poeta como héroe», último eslabón de una cadena, que es la vida de Byron, en que todo parece ordenarse hacia el fin dramático y revelador: morir, cuando más sumergido estaba en el destino épico de su existencia, que él mismo se había construido, de unas fiebres adquiridas por culpa de un chaparrón intempestivo. Lo prosaico, al final, tomaba venganza sobre el héroe: el destino de la época se cumplía en él.

Pero lo cierto es que el motivo concreto e inmediato de su muerte poco importa: Byron había vivido con la muerte, con la desdicha, como compañeras desde su mismo nacimiento. Su vida, desde un cierto ángulo, no fue más que un cúmulo de desdichas, amores desafortunados, incompreensión, muerte de seres queridos (en especial su hija —véase la patética, conmovedora, estremecedora carta que dirige a su amigo John Murray con tal motivo, en que la frialdad del autor es la misma frialdad de la muerte—), destierros, injurias...

Al final, el autor, el hombre real, ha hecho de sí mismo un personaje novelesco, cada vez más antitético respecto al mundo que le rodea: el Diario de Cefalonia, sus últimas cartas, nos descubren a un excéntrico, un tanto escéptico, que a golpe de dinero pretende alterar el curso de la historia, algo que en cierta forma consigue.

Pero nada cabía hacer ya: en 1823, Lord Byron estaba de más en un mundo que había entrado ya en la Edad Contemporánea.

En cierta forma compone la figura de un Quijote inglés, sólo que con dos siglos de retraso, y sin la ironía implícita en el ficticio personaje. Su riqueza todavía le permite ser, o jugar a ser, un gran personaje, m Don Juan. Pero siempre en el mismo borde del absurdo, de la locura, aprovechando los últimos resquicios que se le ofrecían, como Don Quijote, sublime en su propio desarraigo, en su anacronismo, en su locura.

Pero logró conmover al mundo, apasionarle, escandalizarle, y ello es algo que muy pocos personajes han logrado. D'Israeli, Shelley, Keats, Lord y Lady Melbourne, Madame de Staël, son sus amigos. Las guerras napoleónicas, los movimientos independentistas italiano y griego, son el escenario de fondo sobre el que nuestro personaje se mueve, y en el que toma parte y partido.

Al final, su vida misma será su obra literaria más acabada y perfecta, y de ella es fiel reflejo la selección de prosa que ahora se publica.

* * *

En cuanto a la traducción de Cucha Salazar, buena conocedora del tema, pocas palabras bastarán para aclarar su significado. Es difícil encontrar una traducción en que se supere el miedo instintivo que produce tratar con otro idioma, y más cuando el otro idioma ha sido escrito por un personaje tan complejo y universal como es Byron, para tratarlo con la misma naturalidad con que se maneja el idioma propio. La seguridad precisa para acentuar las expresiones, las exclamaciones, en el propio idioma, cuando todo induce a aligerarlas, a pulirlas, a cubrirlas con un velo de palabrería inútil, es difícil de encontrar en este tiempo esteriliza-

do en que vivimos. Ello significa no hacer concesiones ni al autor ni a la galería, lo que no significa falta de respeto ni al uno ni a la otra: el respeto de la traducción estriba justamente en la comprensión y acentuación del sentido de las palabras, de su tratamiento como algo vivo, y no muerto y petrificado, olvidando la traducción formal, o incluso formalista, de su contenido.

JOSÉ PALAO

DIARIO DE CEFALONIA

19 de junio, 1823

*La muerte ha despertado —¿dormiré yo?
 El mundo está en guerra contra los tiranos —¿me
 acobardaré yo?
 La cosecha madura —¿dejaré de madurar yo?
 No dormiré; la zozobra ocupa mi lecho;
 Cada día resuena una trompeta en mis oídos,
 Su eco en mi corazón.*

Mataxata, Cefalonia, 26 de septiembre (1823)

El dieciséis (creo) de julio, me embarqué en Génova en el bergantín inglés *Hércules*: Capitán, Jno. Scott. El 17, al levantarse una galerna que ocasionó gran confusión y amenazaba con dañar a los caballos en la cala, volvimos la proa de nuevo hacia el mismo puerto, donde permanecemos veinticuatro horas más, y luego volvimos a hacer a la mar, recalamos en Leghorn, y proseguimos nuestro viaje a través del estrecho de Messina hacia Grecia. Pasamos a la vista de las costas de Elba, Córcega, las islas Lipari incluida Stromboli, Sicilia, Italia, etc..., alrededor del 4 de agosto anclamos en el puerto de Argostoli, en la bahía más importante de la Isla de Cefalonia.

Aquí tenía ciertas esperanzas de tener noticias del Capitán B(laquière), que estaba cumpliendo una misión del Comité Griego en Londres ante el Gobierno Provisional de Morea; pero, ante mi sorpresa, supe que estaba de camino de vuelta, aun cuando sus últimas cartas que me mandó desde la península, después de expresar su vehemente deseo de que llegase sin tardanza, señalaban repetidas veces que pretendía seguir en el país por el momento. Desde entonces he recibido varias cartas tuyas dirigidas a Génova, remitidas a las islas, explicando en parte la causa de su inesperado retorno, y además (en contra de su deseo anterior) pidiéndole que *todavía* no vaya a Grecia, por diversas razones, algunas de importancia. Mandé un bote a Corfú con la esperanza de encontrarle todavía allí, pero ya había embarcado para Ancona.

En la isla de Cefalonia, el Coronel Napier era comandante en jefe como Residente^[1], y el Coronel Duffie del Rgto. 8, un regimiento del Rey que estaba entonces de guarnición. Fuimos recibidos por estos dos caballeros, y naturalmente por todos los oficiales, así como por los civiles, con la mayor amabilidad y hospitalidad, que si no merecíamos, espero al menos no haber hecho nada que nos descalificase, y así ha seguido la situación sin cesar, aun después de que el aliciente de la novedad de la relación hubiese sido borrado por la frecuencia de nuestras entrevistas.

Tuvimos aquí noticia, que después se ha confirmado totalmente, de que los griegos estaban en un momento de enfrentamiento político entre ellos; que Mavrocordato había sido destituido, o había dimitido (*l'un vaut bien l'autre*) y que Colotroni, con no sé bien qué partido, o de quién, era la figura máxima en Morea. Los turcos atacaban en Acarnania, etc..., y la flota turca bloqueaba la costa desde Messolonghi a Chiarenza, y por consiguiente hasta Navarino. La flota griega, por falta de medios u otras causas, permanecía en puerto en Hydra, Ipsara y Spetzas, y, de acuerdo con las noticias ciertas de que disponemos, quizá

todavía siga allí. Como, bastante al contrario de lo que esperaba, no tenía instrucciones del Peloponeso, y tenía también que recibir cartas de Inglaterra del Comité tomé la decisión de permanecer en el interim en las islas Jónicas, en especial porque era difícil tomar tierra en la costa que teníamos enfrente, sin arriesgarnos a la confiscación del barco y de su contenido, lo que el capitán Scott, naturalmente, se negó a hacer, a menos que le asegurase la suma total de su posible pérdida...

Unos días después de nuestra vuelta (de una visita a Ítaca) me dieron la noticia de que había cartas para mí en Zante; pero se produjo una considerable demora antes de que los griegos, a los que habían sido consignadas, las remitieran en la forma debida, y al final le debí al Coronel Napier el que las obtuviese por mí: lo que produjo la demora o retraso nunca lo supimos.

Supe, por mis enlaces en Inglaterra, de la petición del Comité de que actuase como su representante ante el Gobierno griego, y me hiciese cargo del adecuado manejo y entrega de ciertas mercancías, etc., etc., esperadas en un barco que todavía no ha llegado hasta el día de hoy (18 de septiembre).

Poco después de mi llegada, tomé a mi cargo una unidad de cuarenta suliotas, al mando de sus jefes, Photomara, Giavella y Drako, y probablemente hubiese incrementado el número, pero no los encontré del todo unidos entre ellos en nada, excepto en plantearme sus exigencias, aunque yo les había dado un dólar más por hombre cada mes de los que les daba el Gobierno griego, y carecían, cuando les puse a mi servicio, de todo. Yo había cedido a sus peticiones, y pagado un mes por adelantado. Pero, inducidos probablemente por algunos tenderos traficantes con los que tenían la costumbre de comprar a crédito, hicieron varios intentos de lo que yo consideré extorsión, así que los mandé reunir, exponiendo mi punto de vista sobre el asunto y convenciéndoles de que viniesen conmigo. Pero les

ofrecí la paga de otro mes y el precio de su pasaje de Acarnania, adonde podrían ir ahora fácilmente, ya que la flota turca se había retirado y había cesado el bloqueo.

Una parte de ellos aceptó, y se fueron de acuerdo con lo propuesto. Se plantearon algunas dificultades a la hora de que el Gobierno septinsular les devolviese sus armas, pero al final las obtuvieron, y ahora se encuentran con sus compatriotas en Etolia y Acarnania.

También he transferido la suma de doscientos cincuenta dólares al residente en Ítaca para los refugiados de allí, y he encaminado hacia Cefalonia a una familia de Morea que estaba en la mayor miseria proporcionándoles una casa y sustento decente bajo la protección de los señores Corgialeghno, ricos mercaderes de Argostoli, a quienes yo había sido recomendado por mi corresponsal.

He hecho que escriban una carta a Marco Borzaris, el comandante en funciones de una unidad militar en Acarnania, para quien tenía cartas de recomendación. Su contestación fue probablemente la última que firmó, o dictó, porque murió en combate el mismo día en que aparecía fechada, con la fama de haber sido un buen soldado y un hombre de honor, lo que no siempre se encuentra unido y ni siquiera por separado. Fui también invitado por el Conde Metaxa, el gobernador de Messolonghi, a que fuera allí; pero era necesario, dado el estado actual de la situación, que tuviese alguna indicación del Gobierno presente con respecto a su opinión acerca de *dónde* pueda ser, si no *más* útil, de cualquier modo *menos* molesto.

Puesto que no he venido aquí para sumarme a un bando sino a una nación, y a negociar con hombres honestos, no con especuladores o negociantes (los griegos se acusan todos los días los unos a los otros), se va a requerir mucha cautela para evitar caer en el partidismo, y tengo el presentimiento de que va a ser tanto más difícil ya que he recibido invitaciones de más de una de las partes contendientes, siempre bajo el pretexto de que son «Simón el Puro en per-

sona». Después de todo, uno no debe desesperar, aunque todos los extranjeros que he conocido hasta ahora entre los griegos están asqueándose o lo han hecho ya.

Quien quiera que vaya a Grecia ahora deberá hacerlo como fue Mrs. Fry a Newgate: no con la esperanza de encontrarse con ningún especial indicio de la existencia de probidad, sino con la esperanza de que el tiempo y una mejor fortuna pondrán freno a las presentes tendencias al latrocinio y la estafa que han sucedido a este alumbramiento del General Mazmorra.

Ahora que los miembros de los griegos están un poco menos trabados por los grilletes de cuatro siglos, ya no caminarán igual «que si tuviesen grillos en las piernas». En este momento las cadenas en efecto están rotas; pero los eslabones todavía rechinan, y las Saturnales todavía están demasiado recientes para haber convertido al esclavo en un orgulloso ciudadano. Lo peor de ellos es que (usando una expresión grosera, pero la única posible que no se quede corta ante la verdad) son unos condenados mentirosos; nunca hubo tal incapacidad para la verdad desde que Eva dejó de vivir en el Paraíso. Uno de ellos encontró en falta el otro día a la lengua inglesa, porque el negativo tiene poquísimos matices, mientras que un griego puede transformar un «No» en un «Sí», y *viceversa*, gracias a las cualidades resbaladizas de su lengua, así que se puede prevaricar sin límites y dejar todavía un resquicio a través del cual el perjurio puede deslizarse sin ser percibido. Estas son las propias palabras de aquel caballero, y sólo se las podrá poner en duda en base a las palabras del silogismo «Por tanto Epiménides es de Creta». Pero pueden ser recompuestas una y otra vez.

30 de septiembre

Después de permanecer aquí algún tiempo con la esperanza de tener noticias del Gobierno griego, aprovecho la oportunidad de que los señores B(rowne) y T(relawny) van camino hacia Tripolitza, valiéndose de la partida de la ilota turca, para escribir a la parte ejecutiva de la Legislatura. Mi propósito no es sólo obtener alguna información exacta que me permita encaminarme al lugar donde estaré, si no más seguro, al menos donde seré más útil, como para tener la oportunidad de hacer un juicio sobre el auténtico estado de sus asuntos. Mientras tanto he recibido noticias de Mavrocordato y del primado de Hydra, este último me invitó a esa isla, el primero insinuó que le gustaría encontrarse conmigo allí o en cualquier otra parte.

1823

17 de octubre

Mi diario fue interrumpido bruscamente y no lo he reanudado antes porque el día de la última fecha que puse en él recibí una carta de mi hermana Augusta, que indicaba la enfermedad de mi hija, y desde entonces no he tenido corazón para continuarlo. Posteriormente he oído a través del mismo conducto que se encontraba mejor, y después que estaba bien; si así es, para mí todo va bien.

Pero aunque me enteré de esto en la madrugada del 9 de octubre, no sé por qué no continué mi diario, aun cuando han ocurrido a partir de entonces muchas cosas que hubieran compuesto unas curiosas memorias.

Ni siquiera ahora sé por qué lo reanudo, excepto que, mirando por la ventana de mi habitación este pueblo maravilloso, la calma aunque tranquila serenidad de la luz de la luna, bella y transparente, mostrando las islas, y las montañas y el mar, con un perfil distante de Morea que se dibuja